

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

ICONOS—LOS DIAS DE LA MEMORIA—
Poesía—Por *David Mejía Velilla*—Bogotá, 1968.

Una poesía de breves alucinaciones esta de Mejía Velilla en ICONOS. Despojada de retoricismo. Tenaz en la memoria del ayer, que insiste en vestir presencias palpitantes que tuvieron su contorno radiante y que hoy son ceniza que va regándose por las laderas y por los sueños. La memoria es un telar cuyas figuras se hicieron con hilos de nuestra sangre. Y por eso mismo regresan, evocadas por el poeta. Quien se halla en el límite entre la vigilia y el sueño. Todo perece, pero queda el recuerdo. Que, de pronto, a la hora menos pensada, nos vuelve al mundo de ayer, ese paisaje hoy invernal, agarrotado por las manos largas de las neblinas. Pero es preciso vivir la tremenda experiencia humana. De ahí el vitalismo de estos poemas. Evanescentes sombras, silencios punteados por el dardo de la angustia, río de sombras que vuelven, nos visten y nos hacen sentir el ayer, aquello que pereció, pero que insiste en volver como en una alucinación.

Esa es la palabra. Alucinación, porque está el poeta en un mundo mágico y diosencillos traviesos convocan a los fantasmas. Crisálidas muertas o Primavera que se desvanecieron dejándonos únicamente su perfume. Y se puede llorar por un perfume, como es posible acodarse en un balcón de una casa campestre y traer el haz de las imágenes que nos golpearon, fueron caricia, beso o simple aguijón para la amargura.

Todo en estos poemas es mágico, inmerso en el mundo que vivimos y se niega a morir como la inocencia, como el primer amor de la vida. Mejía Velilla conoce bien estas estaciones del

alma. Leamos dos poemas de este nuevo libro suyo, de tan esclarecedora calidad en la nueva poesía colombiana:

SEBASTIAN

*Tierra,
y como esta de mis brazos.*

Mi raíz y mi voz.

*Yo nunca te conocí
como se conoce el mar,
en la visión de la tarde.*

*De tí se recuerda la amplia frente,
los ojos como paisaje de valle,
la voz que gobierna.*

*Pero yo te recuerdo todo,
inasible.*

*Para mí no eres solo un gesto,
no solo tus lágrimas,
no solo aquella muerte
que en junio habitaba tu carne.*

*No tienes edad en mi recuerdo,
ni país ni hora.*

JANEL

*Mi bruja de la infancia
habita los aires.*

*Mi mendiga de la juventud
dormita en las calles.*

*Mi loca muerta
vive en el cementerio.*

*Y tú vives en mi corazón,
mi vieja imagen del desamparo,
mi puerto sin sol ni banderas,
mi rosa sin rosal.*

* * *

El Premio Esso de Literatura le fue concedido a este libro de Alberto Duque López. Premio de Novela 1968. Las gentes no salen aún de su perplejidad. Con entera razón. Porque el Premio de novela ha venido decayendo en forma alarmante. Se premian obras que apenas señalan un entusiasmo de corto vuelo de sus autores. Generalmente algunos aspirantes al título de novelistas, preparan sus descosidos trabajos con la esperanza de que los jurados, por una especie de azar, se les ocurra premiar el fruto enteco de su mediano talento. Por eso mismo, envían fárragos, generalmente apresuradas copias de grandes novelistas norteamericanos o europeos. Para el caso es lo mismo. Por regla general las obras presentadas al concurso carecen de toda originalidad e inclusive de gracia o de ambiente. Cuando no abocan con pésima fortuna el problema sexual, tan viejo como el mundo. *Acompañado* de pasajes crudos, expresiones obscenas, pornografía recogida en los albañales. El tema sexual, que en escritores del talento de Henry Miller, son descritos con riqueza conceptual y en prosa que tiene sus deslumbramientos, cuando es tratado por aspirantes al dudoso título de “escritores”, se convierte en simple escatología, adobada con palabras mal olientes, de una crudeza y una pobreza que espanta.

Volviendo al caso de *Mateo el flautista* nos encontramos precisamente con este estado morboso, que deforma los hechos y nos conduce a un túnel de hedores sin precedente. Naturalmente que se dirá que en esto, en tanta inútil suciedad, reside el nuevo clima de la novela. Nada más fuera de razón. La novela exigirá siempre calidades, fuerza, suspenso, atisbo en el laberinto del alma. De todo esto se halla bien despojada la “obra” premiada por el jurado que le otorgó el premio y que no ha podido siquiera responder a las numerosas y bien fundadas críticas que se le han hecho. Aún más: los mismos miembros del jurado concuerdan con la crítica en que el premio no lo merecía este esperpento. Pero lo concedieron.

No puede escapársenos el hecho de que la presentación de esta clase de producciones literarias para llamarlas de alguna manera, obedecen a un plan internacional. Echar por tierra todos los valores tradicionales. Un anarquismo moral, un vacío de las almas, una rebeldía sin causa. Pero que la encontramos en la sub-desarrollada pintura de ahora, en la poesía sin contenido,

en la divinización de la chatarra en vez del trabajo energético del gran escultor. Naturalmente la sociedad empieza a defenderse de este sarampión que afecta apenas la piel, pero no penetra en las profundidades del ser.

El novelista, que quiera deliberadamente insertarse en la realidad social inmediata, queda apartado de ella por su radical incapacidad de comprensión generada en el individualismo y un subjetivismo excluyente. Y entre dos mundos, prefiere el plebeyo, feroz, ignaro, el del escupitajo, la pus, el hedor.

Mateo el flautista es, sin duda alguna, el libro más sucio que hemos leído. Ni es novela, ni obedece a regla alguna. El vocabulario empleado además de sucio es torpe. Y las "situaciones" dan idea cabal de la mentalidad de su autor. Que pretendió engañarnos a base de inconexiones, repudio de la ortografía, la semántica, el buen decir. Ahí queda el pequeño monstruo como el testimonio de un cerebro calenturiento, que pensó en darnos una novedad, cuando lo cierto es que toda la obrita es una mala reminiscencia de Julio Cortázar, de quien se alimenta esta criatura.

* * *

"IDOLA FORI", UN CAPITULO DE SOCIOLOGIA POLITICA—Por *Rafael Bernal Jiménez*—Editorial Kelly—Bogotá.

Viene trabajando el profesor universitario y escritor de reconocida valía, doctor Rafael Bernal Jiménez en una obra monumental sobre los problemas de América. Que son muchos y algunos de ellos de diagnóstico reservado. Este ensayo suyo sobre Carlos Arturo Torres, el egregio escritor colombiano, nacido en uno de los lugares más soñadores de Colombia: Santa Rosa de Viterbo, en el departamento de Boyacá. Torres fue un escritor de altos quilates. En un tiempo de agruras, feroces odios de partido, hirsuta pelambre, se propuso escribir para todos los colombianos en vez de hacerlo para las facciones enfrentadas. Esto mismo le concede un valor de actualidad a su obra. Fue siempre un escritor faro, un vidente y un guía para perplejos.

Es posible que la lectura de libros adoctrinadores, el examen de la realidad colombiana, la inutilidad de sus luchas feroces, lo llevara a combatir esos odios, tan estériles como todo

lo que nace de una negación. Siempre habrá en el mundo valores de esta clase. Como Zweig, Rolland, King, Marañón, Gandhi, hombres-faros que creen en la bondad de la levadura humana. Apóstoles, videntes, que saben gritar su verdad en la hora de las tinieblas. Su testimonio lo recogen, agradecidos, los pueblos exprimidos por los imperialismos, las malas causas, el afán de chafar al hermano en nombre de mitos sangrientos.

Bernal Jiménez sigue amorosamente el curso de las ideas de Carlos Arturo Torres. Desmonta la maquinaria de su pensamiento, pero no con ánimo de quemar las piezas con ácidos terribles, sino para pulsar su valor, su unitaria presencia en la obra total. Es una labor intelectual que sabemos agradecer quienes consideramos que el odio nada crea y solamente el amor es fecundo. El examen que efectúa *Idolos del foro* de la realidad social de este trópico turbulento es un aporte espléndido a escrutar nuestro mundo de ayer y que, desventuradamente se prolonga hoy, bajo otros lemas y disfraces.

Está bien que se produzcan estos ensayos en una hora de incertidumbre, de violencia, cuando tantos Judas apenas mozalbetes, reniegan de Cristo y predicán la necesidad de nuevas hogueras de odio, con una irresponsabilidad ella sí criminal.

* * *

ITINERARIO DE LA COMISION CORO- GRAFICA—Por *Andrés Soriano Lleras*—Uni- versidad Nacional de Colombia.

Entre 1850 y 1859 se llevó a cabo en el territorio conocido como Nueva Granada, una de las mayores hazañas científicas que recuerde la historia. Y como dice Andrés Soriano Lleras, el eminente médico y profesor universitario, autor de este libro, en nada inferior a la *Expedición Botánica* del gaditano José Celestino Mutis. En verdad, leyendo este apasionante trabajo del profesor Soriano Lleras, se llega a la conclusión que este “viaje a pie” de la Comisión Corográfica fue el verdadero descubrimiento, apasionado y hermoso además, de lo que es hoy el territorio de Colombia. La Comisión Corográfica viajó por lugares inaccesibles: selvas vírgenes; ríos de inverosímil grandeza; valles desconocidos; serranías, picachos, costas, pequeñas poblaciones en formación, todo ese territorio tropical fue estu-

diado con apasionante interés por aquel grupo de científicos, que no iban propiamente en busca de enriquecerse, en la búsqueda del Dorado, sino sencillamente a estudiar, analizar, deducir las características de todo orden de la tierra colombiana.

Al frente de esa legendaria comisión estuvo el lugonés coronel Agustín Codazzi, un verdadero apóstol y un sabio en la más pura acepción del vocablo. Mediante contrato hecho con el gobierno de la Nueva Granada, el insigne científico nos legó una obra perdurable, que requiere continuadores de su talla. Yervas medicinales fueron examinadas y comprobado su valor curativo. Calizas, piedras, terrones, materias sulfurosas, química aplicada, todo realizó la comisión en forma impresionante. Un esfuerzo titánico de inusitada importancia. Había fervor, pasión, un *fin* por parte de ese grupo de científicos y dibujantes. Lástima grande que se hubieran perdido lamentablemente muchos de los dibujos de quienes acompañaron a los botánicos y etnólogos, en la ruta. El Banco de la República, con su desvelo por todo lo nacional, logró salvar algunos, alrededor de 186, que publicó el Banco en bellísima edición. De todas maneras este nuevo libro del doctor Soriano Lleras constituye un aporte valiosísimo a la cultura colombiana. Y nosotros le damos las gracias al eminente médico y escritor.

* * *

LA OBRA DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO.

Viene cumpliendo el Instituto "Caro y Cuervo", bajo la Rectoría insigne de José Manuel Rivas Sacconi, un intelectual de valía y hondura, una de las más ejemplares tareas intelectuales de que pueda enorgullecerse Colombia. Bajo la advocación de dos varones ilustres que ampliaron las fronteras espirituales de la patria, el Instituto cumple una tarea intelectual que ya quisieran cosechar para sí otros institutos similares y con mayores recursos económicos.

Naturalmente muchos colombianos ignoran siquiera que existe esta fragua del pensamiento creador y vivificador. Porque nos interesa más lo precario y fungible, la crónica roja, el deporte, que beber en estas fuentes incontaminadas. Incumbe al intelectual la dinámica expresión de una obra que irradie sobre

el contorno. Que nos acerque a los grandes valores, aquellos que no están en crisis circunstancial y efímera, sino que son fuente de vida.

Alguna vez el ilustre don Eugenio D'Ors hizo el elogio más que justo de este Instituto. Y andando el tiempo, su obra es de aquellas que de veras nos enorgullecen. El pensamiento fluye y se enriquece con nuevas experiencias. Pero se necesita la cita con el libro, con la revista, para que la palabra no pierda su contenido y su esencia.

Que precisamente es lo que hace el Instituto Caro y Cuervo. Investigar, analizar, clasificar las palabras, atender al pensamiento vivo de hombres de todas las generaciones. Fruto de esa labor son esta serie de libros que abarcan muchas zonas del pensamiento. Crear y recrear son los verbos que allí se conjugan. Siempre con vigías insomnes, un poco o mucho, alejados de los vanos oropeles, de la figuración y del mito.

Es bien rica la obra que el Instituto ha reunido en forma admirable. Si nuestro país leyera, cómo se enriquecería su pensamiento con las publicaciones de esta Casa de la Cultura.

Idioma, poesía, filología, búsqueda de las remotas fuentes del español, esencia y presencia de los vocablos adoctrinadores, es tarea normativa de aquella Institución. Cada libro que publica es un hallazgo. Y esto porque el Instituto y su ejemplar director no han querido que semejante tarea se convierta en complacencia o filisteísmo intelectual. Es preciso mantener en las publicaciones una norma y un decoro. Que se cumple allí en forma inexorable.

Todavía quedan obras de esta naturaleza en Colombia que son orgullo de nuestras letras y clave de sus futuros destinos intelectuales.